

# los imaginarios en el POPOCATÉPETL

Aurelio Fernández Fuentes

Afortunadamente cada vez permea más la idea de lo poco "naturales" que son los desastres. Primero, porque con el desarrollo de todo tipo y tamaño de catástrofes se ha podido constatar que éstas son generadas más por el comportamiento del hombre en sus procesos de asentamiento e instalación sobre el planeta que por los episodios violentos y destructivos que la Tierra produce por sí misma.

Segundo, porque también las grandes desgracias que padece el hombre debido a fenómenos naturales, o las provocadas por la acción humana, tienen que ver con la manera inescrupulosa en que las comunidades y sus individuos nos apropiamos de la esfera terrestre, debido sobre todo a la prevalencia del interés de obtención rápida y cuantiosa de ganancias, en el caso de los dueños de las palancas sociales, y su derivación en la creación irracional de zonas habitacionales y actividades económicas marginales, en el caso de las poblaciones arrinconadas en la trastienda del modelo de desarrollo.

Por eso, en general, el aspecto económico resulta, si no el *factotum* o factor total de la explicación de los desastres, si la base para comprender el origen, la etiología de ellos. Así se comprende por qué en los últimos cincuenta años el 90 % de las víctimas de desastres –tanto causados por el desarrollo social en todas sus expresiones (antrópicos), como los que tienen su explicación en un evento de carácter natural propiamente dicho– hayan sido residentes de los países subdesarrollados.<sup>1</sup>



Se puede decir que un desastre es el resultado de la ignorancia o la negligencia de la sociedad acerca de los procesos de la naturaleza, y de la ignorancia –aún más injustificable, sobre todo si hay negligencia agregada– que se tiene sobre las repercusiones de la organización del hombre en sí misma y de su forma de instalarse sobre la Tierra.

Si reconocemos lo anterior, habremos avanzado respecto a la idea original del desastre como un episodio imprevisible, esencialmente incontrolable, por estar relacionado con fuerzas superiores al hombre y distantes de su capacidad de raciocinio y acción. La etimología, que muchas veces ayuda a comprender no sólo el significado de un término sino la percepción humana que le da origen, enseña la raíz de la palabra desastre: “estar en desavenencia con los astros”, dueños y señores caprichosos y arbitrarios de nuestros destinos.

Por eso, hasta estos días ha trascendido la tentación de buscar consuelo en “los únicos” que nos pueden hablar –verdadera o falsamente– y dar tranquilidad –o inquietud– sobre el comportamiento de los astros, aquellos que nos pueden explicar qué pasa, qué pasará con un hecho ante el que “nada se puede hacer”.

A pesar de los avances en el reconocimiento de que las catástrofes son resultado de la acción humana, los comportamientos que ayudan a su identificación y enfrentamiento son aún tibios, muy insuficientes. Esto también se asocia en general con los grados de desarrollo social y cultural; otra vez la economía está detrás.<sup>2</sup>

El asunto también tiene que ver con la escala de prioridades sociales, por supuesto.<sup>3</sup> Si no es seguro que una inundación ocurra mañana, hay que conseguir primero el aporte para la comida del día; para qué encontrar un nuevo y más seguro

lugar para vivir si no parece inminente la destrucción del que tenemos. Y los gobernantes actúan igual. La protección civil en México es asunto de la más baja jerarquía para todos los niveles de gobierno y para todos los poderes republicanos.

Resulta increíble que así sea, incluso en términos de la conservación del poder. Hay una cantidad más que suficiente de evidencias que debieran dar claridad a los políticos sobre lo que los desastres dejan y han dejado en nuestro país una extensa y profunda cantidad de secuelas políticas contrarias al interés de los gobiernos en turno. Para ilustrar están los ejemplos del Distrito Federal, Guadalajara, Guerrero, Oaxaca..

Además, hay suficientes datos como para demostrar al más incrédulo que el factor determinante es la acción de las personas afectadas, cuando es inevitable tener que ver y sufrir la realización de una amenaza desastrosa. Estudios recientes ilustran con detalle cómo la población que es víctima de una catástrofe cumple inevitablemente con el indeseado compromiso, y no lo ha hecho peor que con la intervención de los “héroes prefabricados” en la liturgia de la concepción convencional de la atención de desastres, en cuya cúspide está la Santísima Trinidad: gobierno-ejército-rescalistas.<sup>4</sup>

Para la concepción tradicional de la atención a desastres, los ciudadanos en riesgo son nada más una justificación de la existencia de las instituciones de la protección civil, su “objeto de trabajo”. De aquí deriva una discusión, a veces divertida y a veces dramática, acerca de si es obligación de los cuerpos de rescate “sacar a la gente”, aunque ésta no quiera; o “cortarle cartucho” a las personas y estar dispuesto a dispararles con el objeto de salvar sus vidas.

El acercamiento entre los actores “conocedores” del manejo de desastres y la población vulnerable se requiere más



en la etapa de la identificación de amenazas y en la sugerencia de metodologías para enfrentarlas, lo que se conoce como la fase preventiva en el manejo de desastres. Por muchos conceptos, es necesario comprender que todos los individuos vivimos un proceso de desarrollo que implica determinados riesgos, unos más grandes que otros; algunos los conocemos, otros puede que no los hayamos percibido, y para esto es útil la intervención de especialistas, los que, sin embargo, nunca pueden sustituir la acción de la comunidad afectada.<sup>5</sup>

#### IMAGINAR LOS IMAGINARIOS

Los riesgos no son percibidos igual por los diferentes actores del acontecimiento calamitoso. El emplazamiento de los individuos frente al problema determina la "conciencia" que de él se hagan. Durante la catástrofe producida por los sismos de 1985 en la ciudad de México, por ejemplo, no fue lo mismo el comportamiento del ejército que el del gobierno civil; y entre éstos y los pobladores de los barrios afectados, las historias de actuación fueron muy diferentes, y distintas sus percepciones de quién ayudó, quién no apareció en escena y quién medró con la desgracia.

Si preguntamos a los funcionarios gubernamentales lo que allí ocurrió, las respuestas girarán en torno a la "inevitabilidad", a la "naturalidad" de la devastación por efecto de eventos sísmicos de magnitud nunca antes sentida, nunca antes experimentada, y por lo tanto no calculada. Hablarán también del espléndido comportamiento que mostró el gobierno en aquella ocasión. Los militares, por su parte, también resaltarán la heroicidad y la entrega por parte de las tropas a las tareas de salvamento y reorganización.

La gente afectada tuvo, y tiene aún, otra percepción de aquellos históricos momentos: corrupción en los permisos para edificar y mala calidad en las obras; inexperiencia, confusión e inasistencia del gobierno a las personas que lo necesitaron; falsedad en el número de víctimas; hechos de corrupción en el manejo de la ayuda. Sobre el comportamiento del ejército la media de opiniones entre las víctimas es que su intervención entorpeció más de lo que ayudó a resolver el problema, y que algunos de sus elementos formaron parte de las legiones de rapiña que robaron los bienes que encontraron a su paso.

Las personas que sufrieron aquella desgracia se dieron cuenta en ese momento de su propia capacidad para enfrentar el problema, con sus fuerzas casi exclusivamente. Las historias de las reflexiones de la gente afectada en 1985 y de su comportamiento han sido registradas por diversos investigadores.<sup>6</sup> Pero si no existiera la escritura de los testimonios para certificar estas aseveraciones, bastaría ver las cifras de las votaciones en el Distrito Federal tres años más tarde, en 1988, y sus "réplicas" en 1994 y 1997, todas contrarias a los representantes del partido oficial, identificado siempre con el gobierno aquel de 1985. Trece años después de aquella catástrofe, perviven por toda la ciudad multitud de grupos de ciudadanos organizados que surgieron dando respuesta a la emergencia, denunciando la corrupción que contribuyó a aumentar la vulnerabilidad de la Ciudad de México ante los terremotos, y desmintiendo la conseja según la cual la población afectada se mueve caóticamente.<sup>7</sup> Las diferentes percepciones de un fenómeno no se presentan sólo cuando éste se concreta en un desastre; existen previamente, si la amenaza es conocida. El caso del comportamiento social en torno a la erupción del Popocatépetl es muy ilustrativo.



¿Por qué es importante comprender la diferenciación de estas construcciones perceptuales? Lo es si pretendemos encontrar mejores formas para entender, atender y mitigar los efectos devastadores de la naturaleza y la acción humana irracional, si se reconoce la inevitable y hasta saludable existencia de la heterogeneidad entre los hombres.

Cuando aceptamos que frente a una amenaza desastrosa hay la presencia de más de una interpretación y de diversos comportamientos derivados de cada una de éstas, de lo que se trataría para efectos preventivos es de conocer las características de cada interpretación, las diferencias entre ellas, sus agrupamientos e interrelaciones, y las fuentes de las que se nutren las representaciones colectivas. En seguida se trataría de conciliar entre los distintos ámbitos, en la medida de lo posible, los aspectos que tienen que ver con la salvación de vidas y bienes, suponiendo esto último como una expectativa común de los distintos imaginarios. En otras palabras, conviene hacer más grandes y más profundas las "intersecciones" entre estos "conjuntos".

Entendemos por imaginario el conjunto de representaciones individuales y colectivas que dan sentido a determinadas acciones. Son aquellas construcciones ideales que realizan personas o grupos sociales para explicar determinado hecho y justificar las conductas que naturalmente deriven de esta manera de comprenderlo. Para intentar una aproximación al problema de los desastres, decimos que la condición de vulnerabilidad ante una amenaza cualquiera no es igual para todos los individuos o grupos de población, y las divergencias entre los imaginarios que identifican a diversos grupos sociales están basadas en percepciones distintas del tiempo y del espacio en el que tienen lugar las amenazas.<sup>8</sup> Esos horizontes temporales y espaciales enmarcan la toma de decisiones y la ponderación de prioridades que conducen o no a la preventión de un desastre, como se ha dicho, a la gestión del riesgo.

La población vulnerable a una amenaza colectiva construye una interpretación frente a ella, que se nutre de las percepciones individuales, de las informaciones que se recogen de los medios de comunicación, con el aporte de los personajes importantes de la comunidad y de fuera de ella, y las combinan con base en experiencias personales y colectivas, sobre todo las cifradas en creencias y experiencias históricas y culturales. Los resultados de este proceso suelen ser impensables para la mayoría de los individuos externos al imaginario.

## EN LAS FALDAS DEL VOLCÁN

En el caso del tema Popocatépetl, hasta 1995 se podría hablar de la existencia de tres grandes imaginarios, relativamente "puros": uno, el de los habitantes que a partir de los datos disponibles se sabían o se sentían dentro de la zona de peligro; otro, el de los pobladores localizados supuestamente fuera de ella, por información "oficial" o por presunción de los lugareños; y el tercero, el de los de los cuerpos institucionales y hasta el de los individuos que decían saber qué pasaba con los aspectos relacionados con un posible desastre ocasionado por el volcán. Desde luego, cada uno de estos conjuntos tenía sus propias divisiones que multiplicarían la necesidad de identificar el número de "imaginarios".<sup>9</sup>

Las intersecciones que se daban entre estos conjuntos o imaginarios eran, en aquel momento, breves y pequeñas. Hoy, tres años después, la composición y las relaciones entre estos imaginarios ha cambiado. Las modificaciones son distintas en cada uno de los sectores de referencia, pero ha influido sobre todos ellos de manera muy importante la mayor aproximación que cada uno de los imaginarios observa hacia los demás.

El incremento de los episodios eruptivos y la intensificación de las actividades de las personas que integran estos ámbitos han sido los motores de los cambios. El mejoramiento en el conocimiento mutuo ha obedecido a estos dos grandes factores. El primero y más importante es el incremento y aún la espectacularidad de los episodios eruptivos del Popocatépetl. Esto ha propiciado entre los habitantes de la zona de riesgo un mayor y más explícito reconocimiento de la posibilidad de que las amenazas destruadoras de "don Goyo" si se cumplan. Actuó en esa dirección la reiterada caída de ceniza,



primero. Pero cuando ya este tipo de fenómeno había pasado a formar parte de la "cotidianidad" para los habitantes de las faldas del volcán, y de la capital poblana incluso, aparecieron eventos como el lanzamiento de gravilla y piedrecillas que alcanzaron a las poblaciones, y luego importantes cantidades de rocas incandescentes que llegaron directamente o por rodamiento sobre el cono hasta el nivel de los zacatales y bosques, produciendo incendios visibles incluso hasta medio centenar de kilómetros.

Las descripciones de estos eventos, hechas por la gente otrora renuente a aceptar el peligro, reflejaron un temor creciente. Pequeños pero perceptibles sismos en las localidades más próximas al cono, en un abanico de hasta 30 kilómetros desde el cráter por su lado este, se agregaban a las causas de preocupación, de inquietud y reflexión individual, familiar y colectiva. "El anafre", una intensa luminosidad producida por el domo de lava incandescente acumulado dentro del cráter y reflejado en la atmósfera, se veía sobre el volcán antes, durante y después de una explosión, y este fenómeno contribuyó a "dar fe" a una buena parte de los incrédulos acerca de las fuerzas que el coloso es capaz de despertar.

"Sali al baño en la madrugada y vi que arriba del volcán había como lumbre; yo no creía que fuera cierto lo de que el Popo hiciera de veras algo feo, pero ese día me convencí...", comentó un sacerdote católico de Atlixco, durante una reunión de decanatos de la región con el CUPREDER.

Sin embargo, tal vez lo que más impacta la sensibilidad de los habitantes de las faldas del volcán es el ruido que producen las explosiones: sacudimientos de puertas, ventanas y aún muros producidos por la llamada onda sónica y el viaje de las partículas más grandes que expulsa el volcán. "Nomás se

me azotaba la puerta... las ventanas; yo creía que era un terremoto, pero salí a ver el volcán y vi cómo echaba harto humo y estaba prendido arriba, como un anafre, con harta lumbre..." "Primero se oyó un "tronidazo"; luego se movió el piso, las ventanas, y al final se oyó un "rezumbadero" poquito antes que cayera esta gravilla que hay en el suelo..." Estas descripciones se suceden una y otra vez por el lado poblano de la zona de riesgo.

"Salimos de las casas y nomás nos quedamos viendo cómo se nos venían encima las piedras prendidas que rodaban desde arriba, a nosotros los del pueblo y a los soldados que están aquí; y nosotros no sabíamos qué hacer; nomás le pedíamos a Dios que no llegaran a las casas las piedras que rodaban bien prendidas", contó el presidente auxiliar de Santa Catalina Cuilotepec, Sósimo Parada, refiriéndose al evento del 10. de enero de 1998. Luego, narró a los investigadores del CUPREDER que al otro día subieron con los soldados para intentar apagar el fuego que se produjo en los bosques por efecto de las rocas incandescentes. "y nos encontramos unas piedras así de grandes, como del tamaño de un tinaco de agua, todavía bien calientes, no se podían tocar".

Cuilotepec, al sur; San Pedro Benito Juárez, más al este, y Santiago Xalitzintla, localizada al noreste del centro del cráter, son las poblaciones más cercanas a la fuente eruptiva, con unos 11.5 kilómetros de distancia la primera; entre 9 y 11 la segunda y entre 12 y 12.5 la tercera, dependiendo si se mide desde el centro del poblado o la periferia. Son los poblados más sensibles a estas manifestaciones volcánicas. Pero no son los únicos que resienten y perciben los eventos. Del lado poblano, al menos a 50 o 60 kilómetros a la redonda, en toda la ciudad capital del estado y hasta en algunas poblaciones tlaxcaltecas, se han escuchado las detonaciones volcánicas y se han sentido las ondas que le siguen; se han podido ver incluso las zonas incendiadas.

El CUPREDER ha tratado de detectar el comportamiento de las personas que debieran salir en caso de una erupción fuerte, a través del desplazamiento inmediato de sus investigadores a estos poblados, de entrevistas con los habitantes y de reportes de los cuerpos institucionales de prevención.

Aunque se requiere la realización de una serie de encuestas para definir con precisión las variantes en la percepción de la amenaza, comparándolas con instrumentos similares aplicados en 1995 y 1996, la impresión que se ha formado es que



hasta los más conspicuos defensores del "no pasa nada" actúan con una gran celeridad cuando se presenta una explosión considerable, y que, en caso de conocer las instrucciones que han sido distribuidas entre los pobladores, siguen bien los pasos recomendados o acordados en reuniones colectivas para la prevención.

Hay datos que permiten afirmar que las personas que habitan la zona de peligro volcánico aceptan más la existencia de los riesgos que se ciernen sobre ellos, en comparación con 1995 y principios de 1996. Reconocen más la furia eruptiva del Popo; escuchan con más atención las explicaciones del fenómeno y las recomendaciones; más gente actúa de manera conveniente para el salvamento de sus vidas; más autoridades locales aceptan y hasta diseñan sus mecanismos de organización para la comunidad.

Una parte de la transformación –debe advertirse con énfasis que es todavía insuficiente en términos de preparativos para la emergencia– se debe, ya lo dijimos, al impacto del efecto eruptivo mismo. El otro motor del cambio, menos importante en nuestra opinión, es la acción de los "agentes externos". Aquí hablamos de los desempeños de los profesores como elementos sumamente influyentes, de los ministros de los diferentes cultos (los católicos, quienes al principio fueron muy renuentes a la aceptación de la amenaza y/o a enfrentarla activamente, han cambiado su comportamiento y hoy, en su mayor parte, colaboran) y de quienes han trabajado en labores de prevención organizada, la UAP y algunas dependencias y funcionarios del gobierno poblano.

Sin embargo, pese al trabajo de los agentes externos y lo espectacular y preocupante de las decenas de manifestaciones eruptivas del volcán, no es posible asegurar que la gente actuará adecuadamente en caso de ser necesaria una evacuación de los poblados, única medida posible para salvar las vidas en riesgo frente a una erupción.

Los componentes del "imaginario popular" de los pobladores que debieran evacuar han variado en cuanto al comportamiento "operativo" frente al peligro, y se combinan con viejas actitudes. Aunque no podemos establecer que las regularidades en el imaginario de este sector sean muchas, algunas líneas están presentes de manera identificable. Entre ellas estaría una manera específica de relación con el volcán, en que la población lo considera como un ser vivo,<sup>10</sup> tomando parte de las acciones de la vida cotidiana, y no como un

elemento más del paisaje; otra línea es la necesidad de aceptar la amenaza eruptiva y los mecanismos de prevención de una catástrofe.

No ha desaparecido tampoco buena parte de la desconfianza hacia el comportamiento de las autoridades, ligada a un cierto desinterés y cuestionamiento por los mecanismos de prevención recomendados. La idea de que se les quieren quitar sus bienes prevalece, y en algunos casos se ha combinado con el hecho de que de cualquier manera los perderán si es que la erupción ocurre verdaderamente. Algunos elementos partidistas –aunque en realidad por iniciativa individual y suponemos que como negocio– han aprovechado este temor para organizar grupos de invasores de tierras, individuos que les están cobrando a los campesinos ciertas sumas de dinero a cambio de conseguirles un terreno fuera de la zona de peligro<sup>11</sup>, aunque éste es un procedimiento muy localizado todavía.

La idea de una "erupción provocada", ya sea por "los japoneses", "los científicos" o hasta por "el gobierno", está menos extendida hoy, pero tiene que ver con la experiencia histórica de los "abuelos", quienes conocieron el episodio de 1919, cuando un capataz hizo explotar 28 cartuchos de dinamita dentro del cráter para extraer azufre, y produjo, además de la muerte de una veintena de trabajadores, el inicio de aquella erupción, según dicen varios estudiosos del tema.<sup>12</sup>

Un hecho de mucha relevancia fue la entrevista televisiva que le hicieron en enero de 1998 al entonces subsecretario de Gobernación federal, Ricardo García Villalobos, quien declaró que sería recomendable que algunas poblaciones fueran reubicadas debido al peligro que corrían, e incluso mencionó nombres, como Santiago Xalitzintla. Este mensaje llegó a los pobladores y, por la forma en que la reprodujeron los medios, el problema se agravó. Surgió la inquietud de que, por una u otra razón, el gobierno les quitaría sus tierras y sus casas.

En los días que siguieron a esta declaración, al llegar periodistas o agentes de la prevención a los poblados con mayor inquietud, las personas se agrupaban a su alrededor, preguntando si tendrían que dejar sus casas, si les quitarían sus bienes, si esto ocurriría tal o cual día, etcétera. Hasta el momento de escribir esto, la inquietud persiste.

Un mensaje oficial como el aquí comentado puede echar abajo años de trabajo comunitario. La gente desconfía de las instrucciones para alejarse de la zona de peligro y de quienes se las comunicaron; muchas personas de estos poblados con-

funden ahora "evacuación" con "reubicación", lo que equivale a comparar "dejar por unos días el pueblo" con "abandonar para siempre el pueblo, sin saber a dónde ir". En estas condiciones, el retorno de consejas como las mencionadas más arriba es difícilmente evitable. *Grosso modo*, nos encontramos en este punto del "imaginario popular" de quienes viven en la zona de evacuación.

La situación de quienes perciben la amenaza eruptiva y aún temen por ella, pero son pobladores de localidades que no debieran ser evacuadas, es un problema de interés, pero que hemos decidido no desarrollar en este momento, básicamente por razones del espacio disponible.

#### EL SABER Y LA GLORIA

El "imaginario formal" es el que está caracterizado por las instituciones e individuos que estudian y trabajan, voluntaria o contractualmente, el tema de los desastres. Es también heterogéneo y complejo. La ventaja –y la desventaja– es que el poder se encuentra entre él. Podríamos identificar de manera general algunos de los integrantes de este conjunto. Están, en primer lugar, las fuerzas gubernamentales, divididas en federales y estatales (las autoridades de los municipios en riesgo, en su mayoría, pertenecen al "imaginario popular"), y también el ejército, como elemento de enorme peso.

En segundo lugar se encontrarían las instituciones académicas que intervienen en la atención del fenómeno, y que, aunque no son muchas, representan el peso del conocimiento científico y tecnológico, y en ocasiones también buena parte de la acción social y una importante influencia en los medios masivos de comunicación. Para el caso de referencia, hay que

mencionar a la UNAM (institutos de Geofísica e Ingeniería, sobre todo) y su desprendimiento oficial en el CENAPRED; y a la UAP, con el CUPREDER al frente.

Un tercer núcleo es el de los grupos de socorristas, menos incisivo en la arena de la discusión, pero que actúa en algunos aspectos, se trata de organizaciones no gubernamentales y no académicas. La Cruz Roja es la institución más notable entre éstas, pero se encuentran asimismo grupos de socorristas, los radioaficionados y otros de este corte. Se conciben a sí mismos como los grandes protagonistas de los desastres, y en función de esta consideración actúan. Ésta es una coincidencia interpretativa con el ejército y algunas otras dependencias oficiales, particularmente las del área de la salud.

Existen, por supuesto, innumerables diferencias entre estos tres agrupamientos, pero en muchas ocasiones las discrepancias en el interior de cada uno de ellos son más acusadas. Entre los gobiernos estatales y la federación hay apreciaciones distintas en cuanto a los procedimientos a desarrollar; a su vez, entre los gobiernos civiles y el ejército hay distancias interpretativas y operativas conocidas por todos, en ocasiones graves, pero que procuran solucionarse en el ámbito "de la familia". Desde la creación, en 1986, del Sistema Nacional de Protección Civil, las fuerzas armadas se sintieron desplazadas en el protagonismo que tenían frente a la atención de desastres. La Secretaría de la Defensa Nacional tiene sus propios planes de emergencia para el caso del Popocatépetl, por ejemplo, y acepta combinarlos con los de los gobiernos estatales y con el federal si éstos acceden a los lineamientos del conocido Plan DN-III y a sus concepciones básicas para el manejo de los desastres.

Dentro de los propios gobiernos estatales y de la Federación se presentan divergencias de percepción del problema y de acción en materia de protección civil, expresadas en formas distintas de hacer –o de no hacer– las cosas en cada una de las dependencias oficiales. En el fondo lo que hay es la presencia de dos o más formas, muchas veces irreconciliables, de interpretar lo que es un desastre y cómo debiera manejarse durante todas sus etapas; por la misma razón se explican también muchas de las diferencias entre las instituciones académicas.

La característica principal del grupo de instituciones universitarias es la aportación de los factores teórico, tecnológico y de procedimiento en el intento de comprensión y solución del



problema de las situaciones catastróficas. La interacción entre las instituciones que forman este grupo se manifiesta por estas funciones, pero se produce también a partir de la diversidad de interpretaciones y de la forma de comprender el problema de la producción del conocimiento o, mejor dicho, de cómo entender los mecanismos de funcionamiento de la naturaleza y la sociedad. Sin pretender entrar aquí en una discusión epistemológica, vale la pena manifestar nuestra coincidencia con los trabajos que buscan integrar los distintos ámbitos de la ciencia, sin renunciar a las particularidades de cada una.

Los problemas cognoscitivos y aún prácticos que plantean los desastres son imposibles de advertir y resolver sin el concurso armónico de buena parte de las herramientas hechas por el hombre para comprender su entorno. Pero para que la integración de las diversas disciplinas científicas pueda ocurrir es preciso que se desbrocen las marañas que han hecho creer que los desastres son "naturales", y que corresponde explicárnoslos sólo a los estudiosos de los movimientos del planeta; en tanto, los analistas de los acontecimientos humanos son relegados al campo de las acciones administrativas.

La creencia en el fatalismo de la acción de la naturaleza se combina con una convicción igualmente fatalista sobre la imposibilidad de la participación adecuada de los núcleos en riesgo ante una situación amenazante. Esta mezcla da por resultado la actuación unilateral de los grupos dedicados oficial o volitivamente a la llamada protección civil.

Durante los tres últimos lustros, en nuestro país se han acumulado y registrado, a través del trabajo de varios investigadores, un gran número de evidencias que han resquebrajado estas ideas tradicionales. Nuevas formas de ver los problemas de este tipo son aceptadas por instituciones gubernamen-

tales y civiles, con una derivación en sus respectivas acciones prácticas y en sus enfoques interpretativos. Esto ha ocasionado, para bien y para mal, buena parte de las diferencias institucionales en el mundo del "imaginario formal". Lamentablemente, todavía no hay referentes muy consistentes ni voluntad de los integrantes del mundo académico y oficial por llevar a cabo las discusiones que hacen falta en lo que sería un sano propósito de encontrar los puntos de coincidencia concepcionales y operacionales, para así hacer un mejor papel como sociedad de cara a las amenazas del entorno natural y artificial.

El hecho de que los estudios sobre desastres sean tan recientes explica la inexistencia de un cuerpo conceptual y metodológico sistemático y consistente

Un buen punto de partida para zanjar las discrepancias que impiden enfrentar de manera común los riesgos del desarrollo sería reconocer que tenemos frente un tema de y para todos, un problema de Estado, en el mejor sentido que pueda tener esta categoría de análisis.<sup>13</sup> Si entendemos y aceptamos que este problema, desde los puntos de vista teórico y práctico, es universal, al igual que su solución, es más probable que dejemos de concebirlo como la propiedad privada y exclusiva de cada una de las instituciones en particular, de cada uno de los gobiernos, y hasta de cada individuo que interviene.

Los habitantes del "imaginario popular" debieran aceptar las explicaciones "científicas" del "imaginario formal". A su vez, en el caso del volcán Popocatépetl, los "formales" debiéramos aprender algo de un elemento sumamente relevante de los habitantes volcaneros: es cierto que el volcán y el problema que hoy representa nos pertenece como individuos o como instituciones próximos al tema, pero, si conocemos un poco de la filosofía presente entre estos hombres, sabremos que si



queremos que "don Gregorio el chino" nos pertenezca de alguna manera, nosotros deberemos estar también dispuestos a pertenecerle a él.

Antonio Analco, quizá el único tiempero vivo en estos momentos, dejó de vender pistaches, nueces y cacahuates en las calles de la ciudad de México y regresó a su pueblo, porque mediante una "revelación", es decir en un sueño, y después en persona ("en vivo y a todo color", como suele decir el quiaclaque, empleando términos aprendidos del "otro" imaginario) "don Goyito" le pidió que estuviera con él para cuidarlo "porque le andaban queriendo hacer mal", y para avisarle a la gente del pueblo del momento en que El Supremo le diga al volcán que ya haga erupción. Una por otra; uno con otro.

#### ¿QUÉ TANTO SABEMOS?

El enjambre que forma la multiplicidad y complejidad de relaciones institucionales y personales, y la diversidad de percepciones y conceptos, se expresan en el imaginario formal para el caso de la amenaza planteada por la erupción del volcán.

Resulta insostenible asegurar que dentro de este conjunto existe alguien que conozca a fondo alguno de los diversos aspectos del problema, por más que esta idea se haya querido popularizar. Sobre el carácter de la amenaza erupitiva, por ejemplo, hay diversas y encontradas interpretaciones; con grandes dificultades podría uno encontrar la opinión de alguno de los especialistas técnicos sobre un modelo confiable de interpretación acerca de lo que ocurre con la actividad del Popocatépetl. Hasta hace muy poco se han comenzado a dar a conocer algunas explicaciones más amplias del fenómeno, pero de ninguna manera han sido puestas a debate, aunque sea entre

los propios "conocedores", por lo que se quedan en interpretaciones casi individuales, por más investidura formal que posea el investigador. Otros integrantes del gremio de los "duros" aseguran que esto es normal, dados dos factores: la falta de bases de datos para estudiar en el tiempo el comportamiento del coloso, y la escasez de estudiosos del problema, sin poner a discusión su capacidad.

Hay una discusión abierta entre distintos investigadores nacionales, e incluso extranjeros, acerca de la suficiencia del equipo de monitoreo, el tipo de amenazas que puede provocar el volcán Popocatépetl, y aun el modelo de actividad eruptiva que presenta. Existe también un amplio debate sobre lo que puede o no darse a conocer a la población en general, o acerca de lo que debe hacerse en este terreno.

En el mismo campo, hoy se acepta que los mapas de riesgo o de peligro fueron elaborados bajo la presión que significó el inminente inicio y luego el sorprendente desarrollo de la erupción entre 1994 y 1996, con instrumentos cartográficos y equipos deficientes. Hay un acuerdo explícito en el sentido de que es preciso reelaborar dicho mapa y ampliar los aspectos a investigar, particularmente el de relieves y barrancas.

Tampoco los estudios sociales están concluidos. Hasta donde sabemos, la única investigación social que se lleva a cabo al respecto es la que realiza el Centro Universitario de Prevención de Desastres, conocida como "Proyecto Gregorio", que estudia la vulnerabilidad social y los riesgos para los habitantes de la zona (a partir del conocimiento de las amenazas). Este proyecto ha sido apoyado económicamente por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), pero se encuentra en su fase inicial, y aunque sus resultados parciales han sido útiles para la elaboración del Plan de Emergen-



cias del Popocatépetl, el conocimiento que se propone alcanzar está en proceso. Aquí se exhibe nuevamente la inmadurez de los cuerpos teóricos sobre el tema de los desastres.

Aunque en Puebla hay avances importantes en la marcha de los planes de prevención, existe una notoria debilidad de los cuerpos especializados como para poder aterrizar los elementos concretos de la organización. La causa es que las medidas para la Protección Civil se encuentran en el último renglón durante la elaboración presupuestaria, y sólo surgen cuando ya es inminente el desarrollo de una catástrofe.

Todo parece indicar, sin embargo, que la entidad más avanzada en la tarea es la poblana. En los estados de Morelos y de México la planificación se ha entregado prácticamente al ejército; los cuerpos civiles se encuentran sometidos al mismo, y el trabajo de organización comunitaria es prácticamente inexistente. El Sistema Nacional de Protección Civil cuenta con un plan "central", por su lado. De esta manera, existen cuatro instrumentos de operación diferentes para el mismo problema, no por obedecer éstos a las características específicas de las entidades, sino por omisión de los cuerpos coordinadores centrales y por la presencia de diferentes concepciones sobre el problema.

Son muchos los aspectos que ilustran la fragilidad de los integrantes del imaginario formal frente a este problema. Podríamos hablar del sistema de alerta y la insostenible propuesta del "semáforo volcánico", de las carencias y simulaciones en los sistemas de comunicaciones, de los problemas con vehículos, caminos y albergues. De ninguna manera este "imaginario" tiene autoridad para llamar "necios", "ignorantes" y "enemigos de la organización" a los campesinos volcáneros.

#### AGRADECIMIENTO

La realización de este artículo ha sido posible gracias a la invaluable colaboración de Alejandra López García.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Maskrey, A., *Conferencia en el Seminario sobre vulnerabilidad*, CUPREDER-UAP, julio de 1996.

<sup>2</sup> Blaikie, P., Terry, C., Davis, I. y Wisner, B., *Vulnerabilidad. El entorno social, político y económico de los desastres*, La Red, Colombia, 1996.

<sup>3</sup> Wilches-Chaux, G., "La vulnerabilidad global", en *Los desastres no son naturales*, comp. Maskrey, A., La Red, Colombia, 1993.

<sup>4</sup> Dynes, R.R., "La planificación de emergencias en comunidades: falsos supuestos y analogías inapropiadas", *International journal of mass emergencies and disasters*, 2, 1994.

<sup>5</sup> Zilbert, L., *Guía de La Red para la gestión local del riesgo*, ITDG, La Red, Perú, 1998.

<sup>6</sup> Carbo, T., Franco, V., De la Torre, R. y Coronado, G., *Una lectura del sismo en la prensa capitalina*, Cuadernos de la Casa Chata, 147, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 1987.

<sup>7</sup> Nuncio, A., Vigil, A., Garza, L.L., Arenal, S. y Estrada, E., *La huella del huracán en Nuevo León*, Ediciones Castillo, Monterrey, 1989.

Otro fenómeno natural que impactó desastrosamente con consecuencias nacionales fue el paso del huracán Gilberto, en septiembre de 1988. Resulta interesante revisar la crónica de Abraham Nuncio que relata la actuación de habitantes de Monterrey ante el meteoro.

<sup>8</sup> Amador, G.E., *Si la gente no va, la protección civil no será*, ponencia presentada en el Foro Permanente Sobre Participación Ciudadana. Sociedad Mexicana de Planificación, A.C., México, febrero de 1998.

<sup>9</sup> Maskrey, A., "Comunidad y desastres en América Latina: estrategias de intervención", en *Viviendo en riesgo. Comunidades vulnerables y prevención de desastres en América Latina*, comp. Lavell, A., La Red/FLACSO/CEPREDENAC, Colombia, 1994.

<sup>10</sup> Fernández, A. y López, A., *La insana distancia entre el imaginario formal y el imaginario popular*, ponencia presentada en el III Congreso Nacional de Universidades en Protección Civil, Puebla, 1995.

<sup>11</sup> Glockner, J., *Los volcanes sagrados*, Grijalbo, México, 1996. Este trabajo describe de manera espléndida las raíces que existen entre los hombres de estas tierras y diversos elementos de la naturaleza, particularmente el volcán Popocatépetl.

<sup>12</sup> La Jornada de Oriente, Puebla, 11 de febrero de 1998.

<sup>13</sup> Doctor Ali, *Estudios del Popocatépetl*, México, 1938

<sup>14</sup> Macías, J.M. y Fernández, A., "Crear un sistema nacional de protección civil", en *La Jornada*, México, 20 a 23 de octubre de 1997.

(Aurelio Fernández Fuentes es director del periódico *La Jornada de Oriente* y director operativo del CUPREDER-BUAP.)